

KRISTAN HIGGINS

Hasta que llegaste



Posey Osterhagen tiene mucho que agradecerle a la vida. Es la propietaria de una exitosa empresa de rehabilitación de edificios, su familia la arropa y tiene un novio, o una especie de novio. Aun así, le parece que le falta algo. Algo como Liam Murphy, un tipo alto y peligrosamente atractivo.

Cuando Posey tenía dieciséis años, ese chico malo de Bellsford le rompió el corazón. Ahora que ha vuelto, su corazón traidor está de nuevo en peligro. Lo que tendría que hacer ella es darle calabazas pero, en cambio, el destino parece tenerle reservado algo distinto.

Este libro está dedicado a mi suegra, Pauline Keenan, que crio al hombre que amo y lo educó tan bien, que quiere a sus nietos con todo su corazón y que me trae chocolate siempre que viene a visitarnos.

¡Te debo mucho más que un libro, Polly!

Querido lector:

¡Hola! Muchas gracias por haber elegido *Hasta que llegaste*. De nuevo te encontrarás con un precioso pueblo de Nueva Inglaterra, una heroína con un corazón enorme (y en este caso, con un perro también enorme) y con un héroe que te hará suspirar. La historia aborda, desde un punto de vista un poco diferente, un tema clásico: el regreso del rebelde. A todas nos gustan los rebeldes, ¿verdad? Me quedé bastante asombrada de lo divertido que me resultó escribir sobre uno de ellos, el típico adolescente atractivo que iba al instituto con su moto, tatuado y que se portaba mal en clase. ¿A alguien le extraña que Posey, la muchacha escuálida que le observaba desde la línea de banda, se enamorara perdidamente de él? Y aunque ella jugaba en una liga distinta y apenas despertó su interés, se las apañó para romperle el corazón. Ahora, ese granuja ha vuelto y tiene el mismo atractivo —y es igual de peligroso— que antes.

Esta es la primera novela en la que recojo el punto de vista del héroe. Viudo y padre de una adolescente, Liam vive con el miedo constante a que su hija se enamore de alguien que sea igual a como él solía ser. ¿Sobrepotección? ¡Solo un poco! Ha vuelto a Bellsford, New Hampshire, para estar más cerca de su familia política. Pero Liam no contaba con lo mucho que su pasado sigue importándole a la gente de allí... sobre todo a Posey, que tendrá que descubrir si aquel muchacho del que se enamoró ha cambiado o no con los años. Me divertí mucho abordando los asuntos más importantes de los que habla la novela: lo que significa pa-

ra una persona que la escojan y la amen, y cómo los eventos del pasado definen el presente... y el futuro.

También os encontraréis con unos cuantos personajes secundarios maravillosos. Jon, uno de mis favoritos, y Brianna, la adolescente respondona amiga de Posey. ¡Ah, también me divertí muchísimo con el *Guten Tag!*

Espero que os guste *Hasta que llegaste*. Una vez más, ¡gracias por todo!

Kristan

Agradecimientos

Mi eterna gratitud a Maria Carvainis por la eficiencia con la que está llevando mi carrera, así como a Chelsea Gilmore, Martha Guzmán y Lyndsey Hemphill, por todo lo que hacen por mí. De *HQN Books* y *Harlequin Entrepises*, gracias a mi brillante y generosa editora, Keyren Gerlach, así como a Tara Parsons, Margaret Marbury O'Neill y al resto de la familia que conforman Harlequin por su tremendo entusiasmo y ayuda.

Gracias también a...

Kim Castillo, la mejor asistente de relaciones públicas del mundo y mi compañera favorita de desayuno; al maravilloso grupo de CTRWA: Shaunee Colé, Karen Pinco y Kelly Morse, que me ayudaron a crear a este «malote» y que consiguieron que perfilara a Liam como a un motero atractivo en vez de una «nenaza»; Jimmy Spencer, que me sacó a dar una vuelta en su *Harley* (estaré encantada de repetirlo, solo tienes que decirme cuándo, Jimmy); mi adorada madre, Noel Higgins, que siempre corrige todos mis manuscritos (y me dio la vida, me sostuvo entre sus brazos e hizo todas esas cosas maravillosas que hacen las madres); Annette Willis, que de nuevo volvió a responder a todas mis preguntas sobre derecho de familia; Christine Michaud, mi eterna asesora de los *Red Sox* (ojalá que no vuelvan a derrotar a los *Yankees* mientras me quede un solo aliento de vida); Terence Keenan que me ayudó en todo el asunto de las motos y sus piezas y me obligó a ver *Orange County Motors*; la extraordinaria Diana Phung, que me manda todo tipo de cosas buenas para tener siempre las pilas cargadas.

Y un agradecimiento especial a Dena Umberger, Lillian Lanouette y Joe Avellar, que compartieron conmigo sus experiencias como hijos adoptados.

Un gracias enorme a mis hermosos, maravillosos y brillantes hijos, a los que quiero más de lo que podría expresar con palabras, y a mi marido, que es el mejor hombre que he conocido en mi vida. No sabéis lo afortunada que soy de teneros a los tres.

Y para *Digger*, mi perro fiel, que estuvo a mi lado en todos los libros que he escrito hasta la fecha. Gracias, viejo amigo. Te echo de menos.

Capítulo 1

Toda mujer tiene la secreta fantasía de volver a encontrarse con el hombre que le rompió el corazón. En ella, va dando un paseo por la calle con su elegante y guapísimo marido (digamos que George Clooney en, por ejemplo, *Ocean's Eleven*) que la va acariciando, e incluso rozándole el cuello con la nariz porque es incapaz de dejar de tocarla. Lleva puesto un atuendo fabuloso, el pelo brillante y perfectamente peinado. Ambos van de camino al mejor restaurante de la zona, o quizás a la joyería más elegante, ya que él ha insistido en regalarle otra prueba más de su amor, y entonces... ¡Oh, Dios mío! Mira quién aparece por ahí. Porque es él, ¿verdad? Su primer amor, el hombre que no solo rompió su joven y leal corazón, sino que lo hizo pedazos. Ahora ya no tiene tan buen aspecto. No, los años no le han tratado bien. Tiene el pelo lleno de canas —o mejor, se está quedando calvo—, le sobran unos cuantos kilos y anda encorvado. Entonces él la mira, reconociendo al instante que el error más grande de su vida fue dejarla. El trío intercambia el cortés saludo de rigor. Clooney le da la mano y le lanza a su adorada esposa una irónica mirada que dice a las claras: «¿este?, ¿en serio?», y mientras la feliz pareja se aleja hacia su selecto automóvil, el antiguo rompecorazones pasa a la historia para siempre. Pero él la seguirá mirando con nostalgia durante un buen rato más, preguntándose cómo pudo estar tan ciego.

Eso estaría bien. Mucho mejor, reconoció para sí Posey Osterhagen, que llevar puesto el uniforme de camarera del *Guten Tag*, con la falda peto, la camisa de volantes y el

chaleco bordado con enanos (sí, enanos), por no mencionar las medias verdes y los zuecos rojos. Tenía las mejillas infladas por la albóndiga de patata que acababa de llevarse a la boca, como si su metabolismo de pulga estuviera a punto de explotar. Y fue en ese momento cuando la puerta trasera se abrió y apareció él, justo enfrente de ella.

Liam Declan Murphy, el primer hombre del que se enamoró y el único que le había roto el corazón.

No era Clooney. Tampoco había ninguna joyería. Solo una cocina vacía en un avejentado restaurante de comida alemana y una albóndiga del tamaño de un puño a punto de reventarle las mejillas.

El cerebro de Posey se puso en modo colapso total. Se quedó completamente en blanco. Hablar no era una opción viable.

Sus ojos todavía tenían ese desconcertante tono verde hielo claro. Su pelo negro no lucía ni una sola cana. Seguía siendo igual de alto —«pues claro, Posey, la gente no suele encoger cuando llega a los treinta»— y aún irradiaba ese halo de chico malo de «me quieres pero yo no te hago ni caso». Oh... mierda. Aquello no pintaba nada bien. «Mastica, Posey, mastica», le ordenó su cerebro. Obedeció a duras penas. Era una albóndiga enorme.

Liam llevaba puestos unos *jeans*, una camiseta y una cazadora de cuero; un atuendo muy parecido al que solía llevar en el instituto, si la memoria no le fallaba. Y su memoria era bastante nítida en lo que a Liam Murphy se refería. Había llegado a Bellsford para vivir con su tío tras salir del reformatorio en el que había pasado una temporada al haber sido acusado de robar un automóvil. (¡Qué bien! Sí, sí, de acuerdo, en ese momento ella tenía quince años y ese dato le había resultado de lo más emocionante). Conducía una vieja moto (¡Oh, sí!) y, según se rumoreaba, había sido el responsable de que unas cuantas adolescentes pasaran de niña a mujer (¡Puaj!). Sin embargo, para sorpresa de todos, terminó enamorándose de la muchacha más decente del

instituto, como si estuvieran en medio de un capítulo de *Sensación de vivir*, la serie favorita de Posey en aquellos tiempos. Y cuando Emma Tate se matriculó en una universidad de California, Liam la siguió. Al final terminaron casándose. O eso es lo que se publicó en el periódico local antes de que los padres de Emma se mudaran a Maine.

Y ahora, ahí estaba él.

—¡Liam! —gritó su madre. Stacia Osterhagen, una mujer de casi metro noventa de pura ingeniería alemana, irrumpió en la cocina, haciendo vibrar la vajilla allí apilada—. ¡Posey! ¡Mira a quién tenemos aquí! ¡Se nos había olvidado contártelo! ¡Max! ¡Ya ha llegado Liam! Liam, cariño, ¿por qué no has entrado por la puerta principal?

—Supongo que es la costumbre —contestó con una ligera sonrisa a su madre.

—Me alegro de verte, hijo —saludó efusivamente Max, dando un fuerte apretón de manos al recién llegado.

Liam Declan Murphy.

Por san Elvis Presley.

—Te acuerdas de Liam, ¿verdad, cielo? —dijo Stacia.

Posey hizo un gesto de asentimiento con las mejillas todavía abultadas por la albóndiga. ¿Podía mostrar un aspecto más ridículo que el que tenía ahora? No era que tampoco hubiera sido agraciada con el don de la feminidad en lo que a ropa se refería; su trabajo requería que llevara una vestimenta resistente, hecha de franela y telas similares. Pero cualquier cosa de las que guardaba en su armario era mucho mejor que su uniforme (el mismo que llevaba desde el instituto y, desgraciadamente, todavía demasiado holgado en el pecho; por lo visto los alemanes no tenían muy en cuenta los pechos pequeños a la hora de diseñar ropa).

—Hola —dijo él, saludándola con el mismo desinterés que recordaba con apesadumbrada claridad—. ¿Cómo estás, Cordelia? —Su tono decía que en realidad le importaba muy poco la respuesta. Y además estaba lo de «Cordelia». Liam siempre la llamaba por su nombre verdadero; un

apelativo que, sin saber muy bien por qué, Posey odiaba. Por si no hubiera tenido suficiente con parecer el palo de una escoba durante el tiempo en que fue al instituto, encima se llamaba Cordelia Wilhelmina Osterhagen (en honor a una tía abuela medio ciega que murió al caerse a un pozo). Como era de esperar, se había llevado una buena tanda de burlas.

—Bien —contestó, tragándose por fin el último trozo de albóndiga—. Y tú, ¿qué tal?

—También bien, gracias.

—¡Me alegro! Y hmm... ¿Cómo está Emma?

—Murió —contestó él con frialdad.

Aquella respuesta hizo que alzara la cabeza consternada.

—¿Qué? ¿Me estás tomando el pelo?

Liam le lanzó una mirada glacial.

—No.

¿Cómo era posible que se hubiera perdido una noticia como aquella?

—Pero... ¿cuándo?

—En octubre hará tres años.

Aquello lo explicaba todo, o al menos un poco. Hacía dos años y medio, también en octubre, decidió tomarse unas vacaciones y pasó dos semanas en Carolina del Norte. Como había entrado en Facebook más bien tarde, si alguien había comentado el asunto vía Internet se lo había perdido. Además, ella y Emma no se movían precisamente en el mismo círculo de amigos.

—Lo siento mucho —dijo con la cara roja. Emma Tate, ¿muerta? ¡Vaya! Era una muchacha simpática. Muy simpática, y también muy popular durante los años de instituto, cuando ambas cosas parecían excluirse mutuamente—. ¿Y qué fue lo que le pasó? —preguntó. Pero en cuanto se dio cuenta de que era un asunto que no le concernía, añadió —: Por supuesto que no tienes que contármelo. No... No es algo que tenga que saber... Es algo muy... personal.

—Leucemia —contestó Liam.

Posey se estremeció.

—Lo siento muchísimo.

—Una tragedia —apuntó Max—. Era una muchacha tan dulce.

—Nos lo contó el otro día en el *Home Depot* —dijo Stacia—. ¿Te acuerdas de todas las veces que se nos ha estropeado el extractor de aire del baño de arriba? Pues bien, pensamos que era hora de solucionarlo, sobre todo desde que Gretchen va a volver a casa, así que nos fuimos a la tienda y nos encontramos con este guapetón. Nos dio tanta pena cuando nos enteramos de lo de Emma. ¡Tanta pena!

De acuerdo, pero no tanta como para contárselo, y eso que Stacia la llamaba todas las mañanas a las ocho y cuarto. No obstante, el no dar las noticias importantes era una tradición familiar. Su madre podía narrarle al detalle la operación de vesícula de Carol Antonelli o cómo ahorran conduciendo más de sesenta kilómetros para comprar un café en *Stop&Shop* en vez de en *Hannaford's*, pero los acontecimientos más importantes —muertes, nacimientos, bodas...— solían pasar inadvertidos.

De pronto, el recuerdo de Emma en la heladería *Sweetie Sue*, con un cucurucho de cuatro bolas en vez de tres, guiñándole un ojo con complicidad desde el mostrador, hizo que se le hiciera un nudo en la garganta.

—De verdad que lo siento —dijo en voz más baja.

—Gracias —se limitó a decir Liam, que seguía con su mirada fría y desinteresada.

Posey apartó la mirada, dividida entre la compasión, la culpa por no haberse enterado de lo de Emma, la inquietud (después de todo Liam seguía causando estragos en ella) y, sí, el deseo.

—Tuvisteis una hija, ¿no? —preguntó. Al menos sí que se acordaba de eso.

—Nicole. Ya tiene quince años.

—Caramba. Quince. Eso es... Caramba. Quince.

Liam no dijo nada, pero la miró con el mismo desdén que Posey recordaba tan bien.

Hacía años, cuando Liam imitaba el estilo de Bono, estuvo trabajando una temporada justo allí, en el *Guten Tag*, una época maravillosa y desesperante para Posey. Aunque el que los Osterhagen le hubieran dado trabajo a Liam cuando su reputación era de lo más cuestionable (y fascinante) no había hecho que ella le cayera mejor. No. Siempre sintió por ella el mismo interés que por una mota de polvo.

Por lo menos al principio.

Daba igual. Su madre volvía a parlotear.

—Liam, cariño, ¿no has cambiado nada! ¡Tienes que quedarte a tomar algo! ¡No puedes negarte! ¿Has comido? Te prepararemos algo. Insisto. Max también insiste, ¿verdad?

—Sí, claro —intervino Max con una sonrisa.

—Está bien, solo algo de beber —dijo Liam—. Tengo que volver con mi hija.

En ese momento, Otto, un camarero de toda la vida y el encargado de tocar el acordeón en el *Guten Tag*, asomó la cabeza por la puerta que daba al comedor.

—Max, Stacia, los Schmottlach han llegado.

—Posey, haz que Liam se sienta como en casa, ¿de acuerdo? Liam, solo tardaremos un minuto. Bruce y Shirley son nuestros mejores amigos. ¿Te acuerdas de ellos?

Mientras Stacia agarraba de la mano a Max y lo llevaba a rastras hacia el comedor, Liam esbozó una medio sonrisa que consiguió que las partes íntimas de Posey se contrajeran de calor. «¡Hola!». El estómago empezó a darle saltos como si fuera un delfín sobreexcitado. Sola. Estaba «sola» con «Macizorro McPecado»... viudo. Oh, vaya, aquello no estaba bien. No debería desear al pobre hombre. Salvo que la definición de «pobre hombre» no iba para nada con

Liam Murphy. Tragó saliva; un gesto que sonó más que si hubieran disparado un arma en la ahora silenciosa cocina.

Mientras tanto, «don Regalo Divino para las Mujeres» — porque sí, estaba muy bueno... con toda esa sensual belleza masculina aderezada con un halo de inaccesibilidad gracias a ese toque de desdén— cruzó los brazos y se dedicó a echar un vistazo a la cocina.

A ella le seguía resultando duro asimilar que la alegre y vivaracha Emma Tate se hubiera ido para siempre. Sintiendo todavía un nudo en la garganta, volvió a tragar saliva.

—¿Y cómo lo está llevando tu hija?

—Bastante bien —respondió, dedicándole una breve mirada.

—Bueno, ¿y qué te trae por aquí? ¿Has venido solo de visita?

—No. Nos hemos mudado para estar más cerca de los padres de Emma.

¿Había vuelto? ¿Para quedarse?

—Oh. Hmm... Eso está muy bien. Muy bien. Quiero decir que está muy bien vivir cerca de la familia. Por los niños, ya me entiendes.

Él no respondió. Ni tampoco le preguntó a qué se dedicaba, si estaba casada, si tenía hijos. Por supuesto que no. Por lo visto, seguía mostrándose igual de impasible con ella como para preocuparse por...

—¿Y qué hay de ti, Cordelia? ¿A qué te dedicas?

«¡Uy! Retiro lo dicho».

—Oh. Pues ahora mismo estoy echando una mano aquí solo durante esta noche. En realidad tengo un empresa que se dedica a la rehabilitación de edificios y a la restauración de objetos —contestó, muy consciente del orgullo que tiñó su voz. Liam no dijo nada, solo hizo un pequeño gesto de asentimiento—. ¿Y tú?

—Soy mecánico. Me dedico sobre todo a tunear motos.

Claro, mecánico de motos. Eso le permitía vestir de cuero, oler a aceite y llevar potentes máquinas entre las pier-

nas. Aquel pensamiento hizo que se le doblaran las rodillas. «Tranquilízate». No era plan de abalanzarse sobre él y tirarle sobre el suelo de la cocina de sus padres. Pero Liam siempre había tenido ese efecto sobre ella, y sobre el resto de las mujeres. Era como el rayo tractor de la Estrella de la Muerte, atrayendo hacia sí todo aquello que estuviera dentro de su campo gravitatorio.

—Motos. Estupendo —consiguió decir.

Liam volvió a recorrer con la mirada la cocina. Después soltó un suspiro, contrariado quizá por no tener a nadie más con quien hablar.

—¿Estás casada? —preguntó, sin dejar de mirarla.

—Hmm, no. No estoy casada. Todavía no, debería decir. Yo... Bueno, ya sabes. Aún no he conocido al hombre adecuado. —¡Oh, por favor! Aquello hacía que pareciera que nadie la... deseaba—. Aún no. Sí que he conocido a alguno que otro... y... ya sabes, he estado cerca de... una o dos veces... pero...

—¿Cerca de qué? —preguntó Stacia, abriendo de golpe las puertas de la cocina.

Posey se sobresaltó.

—De nada —masculló, tirando de su chaleco bordado con enanitos para colocárselo bien.

—Cordelia me estaba hablando de la vez que estuvo a punto de casarse —comentó Liam.

¿Había burla en su voz? Seguro que sí.

—¿Qué? ¿A punto de qué? —Stacia se llevó una manaza a su amplio pecho—. Mi propia hija, y yo sin saberlo...

—Para, mamá. Fue con... ya sabes. —Tomó una profunda bocanada de aire—. Con Ron. ¿Te acuerdas?

—¿El del sarpullido?

Posey hizo una mueca de disgusto.

—Le desapareció al poco tiempo.

—Ese fue el que luego se volvió gay, ¿verdad? Sinceramente, Liam, Posey no ha conseguido encontrar a un hom-